

EL ECUMENISMO: OBJETIVO Y CAUCE DE LA NUEVA EVANGELIZACION

Antonio González Dorado*

Es necesario reconocer que el tema, "Nueva Evangelización y Ecumenismo", está cargado de novedad y de audacia. En efecto, no podemos olvidar que la nueva evangelización es un proyecto específicamente nacido y elaborado en el seno de la Iglesia Católica, y especialmente impulsado por Juan Pablo II. Tenemos que cualificarlo como un proyecto católico.

Este hecho nos obliga a preguntarnos sobre la relación que ha de darse entre la nueva evangelización y el ecumenismo. Y las respuestas pueden ser muy diferentes.

Una primera respuesta sería que uno de los objetivos de la nueva evangelización es la promoción del espíritu ecuménico en nuestras comunidades eclesiales y una mayor colaboración en el movimiento que se viene efectivamente desarrollando durante el presente siglo en la mayoría de las Iglesias separadas. Así lo dejaba apuntado el Papa en Estraburgo el 19 de Octubre de 1988:

Hoy día, por razones diversas, la Iglesia y comunidades cristianas, pueden conocer la tentación de replegarse sobre sí mismas y frenar de esta forma la marcha hacia la unidad (...) De acuerdo con la advertencia de San Pablo, debemos permanecer atentos para mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, soportándonos los unos a los otros con paciencia y caridad, con toda humildad y dulzura (Ecclesia 2395 (1988) 22).

Pero, también podemos considerar el ecumenismo, como uno de los grandes testimonios que necesita la nueva evangelización. En una clara referencia al objetivo central de la nueva evangelización, el mismo Juan Pablo II indicaba la necesidad del testimonio ecuménico entre las diferentes Iglesias cristianas. Así se expresaba en uno de los discursos tenido en Islandia en 1989:

Especialmente cuando la civilización se encuentra en un momento de transición, cuando parece que emerge una nueva serie de valores seculares, los hombres sienten entonces la necesidad de escuchar el Evangelio del Amor

* Rector de la Facultad de Teología de la Universidad de Granada en España. Ex-provincial de los Padres Jesuitas en Paraguay. Español.

de Dios por nosotros en Cristo, la Buena Nueva que 'mientras éramos todavía pecadores, Cristo ha muerto por nosotros... por ello ahora... hemos sido reconciliados en Dios'. Este es particularmente el momento para que todos los cristianos den testimonio con fuerza del gran acto de reconciliación realizado por Dios con nosotros por medio de Jesucristo. Y añadía: Queremos alentar estos esfuerzos y rezar por su éxito (Ecclesia 2430 (1989) 961).

Hay una tercera manera de poder comprender las relaciones entre nueva evangelización y ecumenismo, ya propuesta por la *Unitatis redintegratio* y actualmente por la *Redemptoris missio* (UR 12, RM 50): la colaboración ecuménica en el proyecto de la nueva evangelización. Así lo apuntaba también el Papa en el ya citado encuentro ecuménico de Estrasburgo:

Constituye también -decía- un motivo de alegría y de esperanza para la Europa de hoy y del mañana el que nos hayamos reunido aquí. Para contribuir a la unificación de Europa y para anunciar de forma renovada el Evangelio de Jesucristo, los cristianos deben estar cada vez más unidos a fin de que 'el Reino de Dios venga' como lo han recordado hace algunos días los participantes en el importante encuentro que se ha celebrado en Erfurt entre los representantes de la Conferencia de las Iglesias Europeas y del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (Ecclesia 2395 (1988) 1587).

Desde esta perspectiva la nueva evangelización podría constituirse en un solidario proyecto ecuménico, y al mismo tiempo en un cauce privilegiado para fortalecer e impulsar el movimiento de aproximación entre todas las Iglesias.

Creo que estas tres interpretaciones propuestas no se excluyen entre sí. Más aún, pienso que se reclaman y complementan mutuamente.

Pero se nos abre una pregunta: ¿Es viable una colaboración ecuménica con relación al proyecto de la nueva evangelización? Para responder a esta pregunta es necesario clarificarnos nosotros mismos sobre la naturaleza de este proyecto, recibido con sospecha incluso en algunos ambientes católicos, y recordar algunas bases teológicas sobre las que se sustenta el movimiento ecuménico.

1. EL PROYECTO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

El proyecto de la nueva evangelización se ha explicitado y formulado durante la década de los años ochenta. Aspira a una gran renovación de toda la Iglesia, solidaria y orgánicamente comprometida en una evangelización planetaria, regional y complementaria, adaptada al mundo nuevo que se está gestando en las proximidades del tercer milenio.

Durante estos años la primera intuición del proyecto se ha ido desarrollando y clarificando, y creo que todavía nos encontramos dentro de ese proceso. Por eso

no resulta extraño que en diferentes documentos nos encontremos con distintas formulaciones del proyecto, aparentemente divergentes, pero entre las que se puede encontrar una estrecha relación.

Tres niveles de la nueva evangelización

En su nivel más elevado, y desde el que se descubre un horizonte más amplio, la nueva evangelización tiene como gran objetivo el impulsar en toda la humanidad la civilización del amor, concepto complejo y marcadamente teológico, propuesto por vez primera por Pablo VI. Así la propuso Juan Pablo II en su discurso en Santo Domingo en 1983 (Ecclesia 2193 (1988) 1281). La nueva evangelización trata de promover la apertura de la cultura y de las culturas de la humanidad actual al don del Reino de Dios y, consiguientemente a la fuerza del Espíritu que pretende comunicarles, como en un nuevo Pentecostés, el amor revelado por Dios: el amor-ágape (1 Jn 3,16-22; 4,7-12).

En la *Redemptoris missio* el horizonte se hace más reducido. Se establece una distinción entre la actividad misionera *ad gentes*, la pastoral ordinaria de las Iglesias y la nueva evangelización (RM 37). Esta se centraría especialmente en los territorios de las antiguas iglesias (RM 85), y tendría como objetivo la renovación de la fe y de la vida cristiana en los pueblos tradicionalmente cristianos (RM 2), promoviendo una reevangelización de los no practicantes y de los que se han alejado. Por eso afirma que "ha de realizarse en territorios y entre grupos humanos bien definidos" (RM 37).

Este horizonte se estrecha todavía más en la *Christifideles laici*:

Esta nueva evangelización -dirigida no sólo a cada una de las personas, sino también a enteros grupos de poblaciones en sus más variadas situaciones, ambientes y culturas- está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio (ChL 34).

Tres niveles y tres horizontes de la nueva evangelización. Pero si observamos atentamente vemos que se encuentran dinámica y operativamente entrelazados, adquiriendo una prioridad el último -es decir, la formación de comunidades eclesiales maduras-, ya que ellas han de ser el sujeto impulsor del proyecto.

Comunidades evangelizadoras con las orientaciones del Vaticano II

Tenemos que preguntarnos qué entendemos hoy por comunidades maduras. La *Christifideles laici* ya indica algunas notas muy importantes y fundamentales. Pero, en el contexto de la nueva evangelización, han de resaltar dos notas

fundamentales: comunidades evangelizadoras y que integren en su mentalidad y en su orientación la enseñanza propuesta por el Concilio Vaticano II.

Pablo VI destacó que “evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, *su identidad más profunda*. Ella existe para evangelizar” (EN 14), y lo mismo que Cristo Evangelizador “anunciar ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en ‘lo demás’, que es dado por añadidura. Solamente el reino es, pues, absoluto y todo el resto es relativo” (EN 8). El gran signo, por tanto, de las comunidades maduras será su impulso evangelizador con el fin de abrir a toda la humanidad a la recepción del Reino de Dios.

Pero durante mucho tiempo el término evangelización había tendido en su comprensión a un reduccionismo, que también ha sido denunciado por el propio Pablo VI:

Ninguna definición parcial y fragmentaria -escribía- refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla. Resulta imposible comprenderla si no se trata de abarcar de golpe todos sus elementos esenciales (EN 17).

Y a continuación nos ofrecía para encontrarlos: el Concilio Vaticano II, destacando algunos documentos fundamentales, la *Lumen Gentium*, la *Gaudium et spes*, y el decreto *Ad gentes* (EN 17). Es la misma línea orientadora que se decide a promover Juan Pablo II desde el comienzo de su pontificado, como claramente lo dejó expresado en la *Redemptor hominis*, destacando la comprensión de la Iglesia como “sacramento, esto es, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1, RH 3).

Una comunidad cristiana actual no solamente ha de concientizar su misión evangelizadora, sino también asimilar vitalmente la enseñanza del Concilio, y llegar a una comprensión de la evangelización teniendo en cuenta su mentalidad y sus orientaciones.

Tareas y objetivos de la evangelización

Quiero destacar algunos de los objetivos fundamentales de la evangelización propuestos en diferentes documentos del Concilio.

El primero, sin duda, es la constante proclamación del Evangelio entre los alejados y los no creyentes, promoviendo la fundación de nuevas iglesias y comunidades, tema que especialmente se desarrolla en el decreto *Ad gentes*, con orientaciones muy coherentes con el resto de los documentos.

Segundo objetivo: en la declaración *Dignitatis humanae* se presenta a la Iglesia

como promotora de la libertad y, de una manera más específica, de la libertad religiosa en todos los ambientes y sociedades. El tema fue especialmente recogido este año por Juan Pablo II en su discurso el 1o. de Enero, la libertad y la paz.

En el decreto *Unitatis redintegratio* aparece la actividad ecuménica entre la Iglesias cristianas separadas, como otro objetivo de la evangelización.

La promoción de la fraternidad y del diálogo con todas la religiones no cristianas existentes en el mundo surge también como objetivo de la evangelización en la declaración *Nostra aetate*.

El número 21 de la constitución *Gaudium et spes* nos propone desarrollar la fraternidad sincera y operativa entre todos los hombres de buena voluntad.

En la misma constitución se desarrolla la función de la Iglesia y de los cristianos, manteniendo un diálogo enriquecedor con el mundo, de colaborar activa, comprometida y evangélicamente en la humanización progresiva e histórica de todas las realidades temporales, desde la familiar y cultural hasta la política, con el horizonte de impulsar la solidaria comunidad internacional de todos los pueblos y la instauración de la paz. Pablo VI subrayó la importancia de la evangelización de la cultura y de las culturas (EN 18-20), y la contribución específica de la Iglesia en la liberación de todos los oprimidos (EN 30-39).

Todos estos grandes objetivos de la evangelización se encuentran integrados en un único fin: la penetración efectiva de la fuerza del Reino de Dios en la humanidad, siendo conscientes de que "el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien (todos) a este misterio pascual" (GS 22). A la encarnación misteriosa, pero real y posible, del Reino de Dios en nuestra humanidad presente y futura, Pablo VI le ha dado un nombre, la civilización del amor, el gran objetivo histórico y global de la nueva evangelización.

Es evidente que para que nuestras comunidades eclesiales se hagan maduras y capaces de desarrollar este amplio modelo de evangelización es necesario que la Iglesia comience por evangelizarse a sí misma (EN 15) asumiendo el Vaticano II o, con mayor precisión lo que "el Espíritu dijo a la Iglesia de nuestro tiempo mediante el Concilio" (RH 3).

Evangelización para nuestro mundo de hoy

Característica esencial de la evangelización es que ha de realizarse mediante un proceso constante de encarnación, asumiendo al hombre concreto, cultural e histórico de cada época y de cada lugar (AG 22), de tal manera que "*este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión*" (RH 14).

Precisamente la novedad de la nueva evangelización radica fundamentalmente

en la conciencia que se ha desarrollado en la Iglesia de que “el género humano se halla hoy en *un período nuevo de su historia*, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero” (GS 4). Para un mundo nuevo es necesaria una nueva evangelización, es decir, una evangelización que lo asume para colaborar en el constante proceso de su redención, de su liberación y de su progreso y crecimiento constante. Recordemos algunas características de ese mundo nuevo que se está gestando ante nuestros ojos.

Un hecho sobresaliente es el proceso de unificación de toda la humanidad, debido al incremento de los sistemas de relación y de comunicación. Hoy entre todos los pueblos se ha desarrollado un irreversible sistema de mutuas dependencias. Como consecuencia ha surgido una nueva conciencia planetaria en el corazón de todas las culturas.

Dentro de este contexto, universalmente se está imponiendo una nueva cultura humanista generalizada, que la Iglesia observa con optimismo: “Dios abre a la Iglesia horizontes de una humanidad más preparada para la evangelización” (RM 3).

En efecto, tanto en el mundo no cristiano como en el de antigua tradición, existe un progresivo acercamiento de los pueblos a los ideales y a los valores evangélicos, que la Iglesia se esfuerza en favorecer. Hoy se nota una nueva convergencia de los pueblos hacia estos valores: el rechazo de la violencia y de la guerra; el respeto de la persona humana y de sus derechos; el deseo de libertad, de justicia y de fraternidad; la tendencia a superar los racismos y nacionalismos; el afianzamiento de la dignidad y de la valoración de la mujer (RM 86).

Pero esta hermosa realidad se encuentra también distorsionada por otra sangrante realidad: las numerosas y destrozadas víctimas de nuestro mundo. Entre ellas sobresalen los pueblos del tercer mundo y del Hemisferio Sur, los integrantes del cuarto mundo, la misma vida humana homicidamente agredida de mil maneras diferentes. Se trata de situaciones no coyunturales sino férreamente mantenidas por estructuras y culturas de pecado, que denuncian la presencia vigorosa del materialismo y del egoísmo en el corazón de nuestra humanidad. Este hecho se traduce actualmente en un irresistible movimiento de los pueblos y de las víctimas que reclaman su justa liberación, exigiendo un mundo más justo, solidario y fraterno. Este movimiento constituye uno de los principales signos de los tiempos (LN I).

La coincidencia de estas dos realidades marcan la ambigüedad del espíritu progresista por el que se encuentra marcada nuestra cultura actual. En nombre del progreso simultáneamente se promueven y se violan los derechos más fundamentales exigidos por la dignidad de la persona humana, de los grupos sociales y de los pueblos. En nombre del mismo progreso se lucha por la paz y se establecen situaciones desencadenantes de la violencia y de la guerra.

Exigencias, dificultades y cauces de la nueva evangelización

Ante esta compleja realidad del mundo nuevo que está surgiendo emerge la nueva evangelización con el objetivo de promover en toda la humanidad la civilización del amor.

Este proyecto le exige a la Iglesia una evangélica encarnación en nuestra realidad actual, que asuma simultáneamente los valores del nuevo humanismo y de la nueva cultura, y el clamor por la liberación y la justicia que nace de los sectores pobres, de los oprimidos y de las numerosas y diferentes víctimas de nuestra sociedad. Desde dicha encarnación la Iglesia ha de desplegar su misión y su servicio evangelizadores, anunciando el Evangelio y promoviendo la apertura de nuestra humanidad al don del Reino de Dios que es espíritu de amor, de solidaridad, de justicia y de misericordia.

Pero surgen dos preguntas: ¿Se encuentra la Iglesia preparada para emprender este proyecto?, ¿lo ha de realizar en solitario?

La Iglesia se encuentra con algunas dificultades importantes.

Sobresale, en primer lugar, la intensa descristianización que se ha producido durante los últimos siglos, alejando e incluso desvinculando a muchos cristianos de sus comunidades. No podemos olvidar el cuestionamiento de Godín en los años 1940: ¿Francia, país de misión? Tras esta pregunta se ocultaba otra más amplia. ¿Europa, continente de misión? Sabemos que el proceso no se ha detenido. Incluso se ha incrementado en los últimos años con el impetuoso fenómeno de las sectas, que se encuentra muy relacionado con el surgimiento de una nueva religiosidad que cuestiona severamente a las tradicionales Iglesias históricas.

No cabe duda que es complicado enfrentar una evangelización planetaria en medio de una vorágine de alejamiento y de abandono. De ahí que el proyecto de la nueva evangelización, poniendo el dedo en la llaga, se proponga como objetivo inmediato una reevangelización de estos sectores. Se trata de un problema muy complejo que es urgente enfrentarlo.

Otro problema, no menos agudo, es el nivel de nuestras actuales comunidades cristianas para poderlo enfrentar. Por eso el Papa ha insistido en la necesidad de promover comunidades maduras, fervorosamente incorporadas al espíritu y a la mentalidad del Concilio Vaticano II. Intentando abrir un camino, en repetidas ocasiones ha insistido en el nuevo modelo de las comunidades eclesiales de base.

A pesar, de la comunión fundamental de todas las Iglesias Católicas en la fe y en la caridad, es evidente que todavía nos cuesta el pensar en un proyecto de evangelización orgánica común para todos, aunque lógicamente tenga sus características regionales propias. Más aún, todavía nos encontramos poco

entrenados y mentalizados para el nuevo sistema de corresponsabilidad apuntado por el Concilio, aunque se hayan dado algunos pasos importantes durante estos años.

La segunda pregunta es especialmente espinosa: ¿La nueva evangelización ha de realizarse en solitario por la Iglesia Católica? No podemos olvidar que durante largas épocas hemos desarrollado nuestra actividad misionera y evangelizadora desde el aislamiento. Sin embargo, tanto el Concilio, como la nueva comprensión de la evangelización nos marca otro camino: una evangelización en solidaridad y colaboración con otros importantes sectores de la humanidad.

Recientemente, en la *Redemptoris missio* se nos recordaba que

el Espíritu Santo se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros; sin embargo, su presencia y acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo. (...) La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones. En efecto, el Espíritu se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino (...). Cristo resucitado obra ya por la virtud del espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino también, por eso mismo, alentando, purificando y corroborando los generosos propósitos con que la familia humana intenta hacer más llevadera su vida y someter la tierra a este fin. Es también el Espíritu quien esparce las semillas de la Palabra presentes en los ritos y culturas, y los prepara para su madurez en Cristo. Así el Espíritu, que sopla donde quiere y obraba ya en el mundo aun antes de que Cristo fuera glorificado, que llena el mundo y todo lo mantiene unido, que sabe cuanto se habla, nos lleva a abrir nuestra mirada para considerar su acción presente en todo tiempo y lugar. (...) Toda clase de presencia del Espíritu ha de ser acogida con estima y gratitud; aunque el discernirla compete a la Iglesia, a la cual Cristo ha dado su Espíritu para guiarla hasta la verdad completa (RM 28-29).

Esta teológica y positiva visión del mundo extraeclesial-católico saca a la Iglesia de su aislamiento. Fundamenta el enriquecedor diálogo y la colaboración con los diferentes sectores de la humanidad que nos proponía la *Ecclesiam suam* y la *Gaudium et spes* (nn. 40-44). Confirma los movimientos evangelizadores que pretenden distintos tipos de unidad y encuentro entre sectores diferenciados y separados entre sí: unirlos en el respeto y la solidaridad, es unir la fuerza del Espíritu con posibilidades de un despliegue evangelizador más fecundo al servicio del Reino de Dios y de toda la humanidad.

Todas esas fuerzas y sectores de la humanidad, impulsados por el Espíritu, se mueven en el horizonte del Reino de Dios y, consiguientemente, de la civilización del amor, aunque no hayan formulado esta expresión. De otra manera, también se

encuentran comprometidos con la nueva evangelización, de alguna manera, aunque no acepten e incluso rechacen esta formulación.

Desde esta perspectiva, tenemos que afirmar que la promoción del ecumenismo y la evangélica colaboración ecuménica en el servicio al mundo, constituye en este momento un cauce privilegiado de la nueva evangelización de imprevisibles y esperanzadoras consecuencias para todas las Iglesias y para toda la humanidad.

2. IGLESIAS UNIDAS EN UNA UNICA MISION EVANGELIZADORA

Uno de los capítulos más dolorosos de la historia del cristianismo ha sido el de las múltiples divisiones de nuestra comunidad, incluso con posturas agresivas y belicosas, que llegaron a marcar los enfrentamientos internos de los pueblos europeos como guerras de religión. No cabe duda que el medieval modelo de cristiandad favoreció el desarrollo antiesmomial de un cristianismo o de una cristiandad dividida en luchas fratricidas, y que a su vez impulsaron la proclamación del ilustrado deísmo durante el siglo XVIII, el racionalismo positivista del XIX, y el ambiente de secularismo generalizado en nuestro siglo XX. El Concilio Vaticano II reconocía que “en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes en cuanto que (...) incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS 19).

Durante este siglo se ha producido un giro copernicano, promovido por el surgimiento del movimiento ecuménico. Juan Pablo II afirmaba recientemente en Estrasburgo:

Después de épocas de oposición, de desconfianza y de ignorancia recíprocas, nos hemos aproximado unos a otros por la gracia de Cristo. A causa del vínculo fundamental que crea entre nosotros el sacramento del bautismo, como lo recordaba hace unos momentos el señor pastor Hoeffel, somos todos al mismo tiempo sarmientos de la verdadera viña que es Cristo. De El vienen nuestra unidad y por El puede incrementarse, porque fuera de El nada podemos hacer (Ecclesia 2395 (1988) 1586).

Evangelización y ecumenismo

El Concilio Vaticano II, en su decreto *Unitatis redintegratio*, elaboró el primer documento oficial de la Iglesia Católica sobre el ecumenismo, conectándolo estrechamente con su misión evangelizadora.

En la misma introducción se reconoce que la “división, que abiertamente repugna a la voluntad de Cristo, es piedra de escándalo para el mundo y obstáculo

para la causa de la difusión del Evangelio por todo el mundo” (UR 1).

A continuación, descendiendo más en particular, a un análisis del actual movimiento ecuménico, reconoce que ha surgido *por el impulso del Espíritu Santo* y que casi todas las Iglesias separadas, “aunque de modo diverso, suspiran por una Iglesia de Dios única y visible, que sea verdaderamente universal y enviada a todo el mundo, para que el mundo se convierta al Evangelio y se salve para la gloria de Dios” (UR 1).

De esta manera podemos afirmar que el movimiento ecuménico es un nuevo camino abierto por el Espíritu del Señor para superar un grave obstáculo de la evangelización, e incluso una nueva posibilidad para prestar más eficazmente este servicio a toda la humanidad.

Bases de una teología ecuménica

El documento conciliar reconoce que la ruptura entre las diferentes Iglesias teológicamente ha de ser reconocido como un pecado, pecado que se realizó “a veces, no sin responsabilidad de ambas partes” (UR 3). Por eso el Concilio añadía:

A las faltas contra la unidad pueden aplicarse las palabras de S. Juan: Si decimos que no hemos pecado, le desmentimos, y su palabra no está en nosotros. Humildemente, pues, pedimos perdón a Dios y a los hermanos separados, como nosotros perdonamos a los que nos hayan ofendido (UR 7).

Así el ecumenismo surge fundamentalmente como un movimiento de conversión interior, ya que “los deseos de la unidad surgen y maduran la renovación del alma, de la abnegación de sí mismo y de la efusión generosa de la caridad” (UR 7).

Este proceso de conversión en la caridad llega a establecer una clara distinción entre el pasado, con su pecado de origen, y el presente:

Los que ahora nacen y se nutren de la fe de Jesucristo dentro de esas comunidades no pueden ser tenidos como responsables del pecado de la secesión, y la Iglesia Católica los abraza con fraterno respeto y amor; puesto que quienes creen en Cristo y recibieron el bautismo debidamente quedan constituidos en alguna comunión, aunque no sea perfecta, con la Iglesia Católica (UR 3).

Esto permite una nueva comprensión de los hermanos separados y de distintas tradiciones eclesiales: “Justificados por la fe en el bautismo, quedan incorporados a Cristo, y, por tanto, reciben el nombre de cristianos con todo derecho y justamente son reconocidos como hermanos en el Señor por los hijos de la Iglesia Católica” (UR 3).

Más aún, las distintas comunidades integradas por estos cristianos son reconocidas, en diferentes lugares del mismo documento, como Iglesias de Dios y de Cristo, incluso reconociendo que existen diferencias muy notables especialmente relacionadas a importantes problemas pertinentes a la fe y a la estructura eclesial (UR 13,19).

No son Iglesias muertas, sino vivificadas por el Espíritu de Cristo:

Es necesario que los católicos, con gozo, reconozcan y aprecien en su valor los tesoros verdaderamente cristianos que, procedentes del patrimonio común, se encuentran en nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo, y, a veces, hasta el derramamiento de su sangre: porque Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras (UR 4).

Incluso la vida de Dios presente en las otras Iglesias también es gracia y ayuda para la católica:

No hay que olvidar tampoco que todo lo que obra el Espíritu Santo en los corazones de los hermanos separados puede conducir también a nuestra edificación. Lo que de verdad es cristiano no puede oponerse en forma alguna a los auténticos bienes de la fe, antes al contrario, siempre puede hacer que se alcance más perfectamente el misterio mismo de Cristo y de la Iglesia (UR 4).

Todas las Iglesias participan de la misma misión evangelizadora

Si todas las Iglesias son Iglesias de Dios y de Cristo, todas participan también de la misión salvífica trinitaria y de la misión evangelizadora de Cristo:

Todos los cristianos deben confesar delante del mundo entero su fe en Dios uno y trino, en el Hijo de Dios encarnado, Redentor y Señor nuestro, y con empeño común en su mutuo aprecio den testimonio de nuestra esperanza, que no confunde (UR 12).

En la encíclica *Redemptoris missio* subraya que esta conciencia de la vocación misionera esencial a todas las Iglesias se constituye en un motivo y un estímulo para una renovada acción ecuménica, dado que entre actividades -misionera y ecuménica- existen estrechos vínculos (RM 50).

En efecto, se dice en dicha encíclica, que todas las Iglesias tenemos que predicar la Buena Nueva de la reconciliación universal, pero el hecho de que

sea predicada por los cristianos divididos entre sí, debilita su testimonio, y por eso es urgente trabajar por la unidad de los cristianos, a fin de que la actividad misionera sea más incisiva. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que los

mismos esfuerzos por la unidad constituyen de por sí un signo de la obra de reconciliación que Dios realiza en medio de nosotros (RM 21).

Subyace una clara referencia a la palabra de Jesús:

Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros, yo unido con ellos y tú conmigo, que queden realizados en la unidad; así sabrá el mundo que tú me enviaste y que los has amado a ellos como a mí (Jn 17,22-23).

Y con una expresión más vivencial y fraternal añade: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros" (Jn 13,34-35).

Si el encuentro ecuménico es condición testimonial para una más fecunda actividad evangelizadora, hay que tender a que la misma acción misionera se desarrolle, en cuanto sea posible en una decidida colaboración ecuménica. La encíclica rescata un importante texto del Concilio:

En cuanto lo permitan las condiciones religiosas, promuévase la acción ecuménica de forma que, excluída toda especie tanto de indiferentismo y confusiónismo como de emulación insensata, los católicos colaboren fraternalmente con los hermanos separados, según las normas del Decreto de Ecumenismo, mediante la profesión común, en cuanto sea posible, de la fe en Dios y en Jesucristo delante de las naciones y den vida a la cooperación en asuntos sociales y técnicos, culturales y religiosos (AG 15, UR 3, RM 50).

El fundamento teológico para procurar esta colaboración evangelizadora entre todas las Iglesias es sencillo: no obstante nuestras diferencias, que es necesario procurar superarlas en un mantenido diálogo fraternal, todas participan de la misma misión de Cristo, y en su misión todas se encuentran movidas e impulsadas por el mismo Espíritu del Señor. La colaboración evangelizadora entre todas las Iglesias, sin desconocer las diferencias que nos separan, es colaborar con el único Espíritu que nos alienta a todos a la misma misión y al mismo servicio que tenemos que prestarle a la humanidad: el don del Reino de Dios.

El ecumenismo, objetivo de la nueva evangelización

Creo que tenemos que afirmar que el ecumenismo, en toda su rica complejidad, es uno de los más importantes objetivos de la nueva evangelización.

La nueva evangelización, en efecto, pretende la formación de comunidades maduras, que asimilen la palabra del Espíritu que transmitió a su Iglesia en el Concilio Vaticano II. Es necesario que nuestras comunidades asimilen el espíritu

y la actitud ecuménica que se nos enseñó en el Concilio, y que “afecta tanto a los fieles como a los pastores, a cada uno según su propio valer, ya en la vida diaria cristiana, ya en las investigaciones teológicas e históricas” (UR 5). Y añadía más adelante: “Es también conveniente que los católicos, empeñados en obras misioneras en las mismas tierras en que hay también otros cristianos, conozcan hoy sobre todo los problemas y los frutos que surgen del ecumenismo en el apostolado” (UR 10). Y superando viejas actitudes de alejamiento y aislamiento, establecía que

la cooperación de todos los cristianos expresa vivamente la unión con la que ya están vinculados y presenta con luz más radiante la imagen de Cristo Siervo. (...) Por medio de esta cooperación podrán advertir fácilmente todos los que creen en Cristo cómo pueden conocerse mejor unos a otros, apreciarse más y cómo se allana el camino para la unidad de los cristianos (UR 12).

3. COLABORACION ECUMENICA EN EL PROYECTO DE LA NUEVA EVANGELIZACION

La actitud ecuménica nos invita a todas las Iglesias, desde la caridad fraterna proclamada por Cristo e impulsada por la fuerza de su Espíritu, a un encuentro y a un diálogo sincero y constructivo (UR 11), y a una colaboración en la misión evangelizadora -en su amplio sentido actual-, en las diferentes iniciativas y proyectos (UR 12).

Pero esto nos abre a una pregunta: ¿Será posible encontrar dicha colaboración ante el proyecto de la nueva evangelización? Sin duda, resulta difícil responder a esta pregunta, ya que la respuesta no depende de nosotros sino de muchas Iglesias diferentes que tendrían que ponerse de acuerdo mutuamente.

No obstante, me parece que es necesario distinguir entre la formulación verbal de un proyecto y su contenido. La verbalización de un proyecto siempre puede ser discutible pero lo importante son sus objetivos y el modo de realizarlo. Y sin que podamos hablar de una coincidencia absoluta entre todas las Iglesias, sin embargo creo que es fácil encontrar un conjunto de objetivos y de dinamismos convergentes, que apuntan en la misma dirección del proyecto que los católicos hemos denominado nueva evangelización. Teológicamente podríamos decir que el Espíritu del Señor nos orienta a todas las Iglesias en la misma dirección, incluso con acentuaciones y diferencias que, en un ambiente de diálogo pueden ser enriquecedoras y correctivas para todas.

Una conciencia generalizada del mundo nuevo que está naciendo

Un recorrido de los grandes encuentros ecuménicos, celebrados desde 1980 -Boston (1980), Vancouver (1983), Lambeth (1988), Basilea (1989), Seúl (1990), Camberra, así como otros tenidos en América Latina- aparecen marcados por una

nueva conciencia planetaria, similar a la del Vaticano II en su constitución *Gaudium et spes*, que les conduce a analizar los diferentes problemas de la humanidad y su propia responsabilidad frente a ellos en un horizonte abierto y universal, histórico, resaltando las relaciones de interdependencia actualmente existentes entre todos los pueblos, y condicionantes de las soluciones que hoy necesitamos para la salvación de todos y para impulsar un desarrollo integral y solidario.

Casi repetitivamente se destacan los grandes desafíos a los que se encuentra abocado nuestro mundo. La asamblea de Basilea los resumía de la siguiente manera:

Nos encontramos con un conjunto de problemas interdependientes que ponen en peligro la supervivencia de la humanidad y que son la manifestación de una crisis global. Pueden ser reagrupados bajo los temas de Justicia, Paz y Entorno. Somos cada vez más conscientes de su urgencia y correlación. A menos que se produzcan cambios profundos la crisis amenaza con intensificarse en los próximos años. Lo que para nosotros es una crisis amenazadora se convertirá para nuestros hijos y nietos en una verdadera catástrofe (Doc. Basilea 8).

Buscando las causas profundas de esta problemática el mismo documento de Basilea afirmaba: "Es precisamente en el corazón humano, en las actitudes y en las mentalidades humanas donde es necesario buscar las verdaderas causas de la crisis actual" (Doc. Basilea 19). Y ofreciendo una interpretación teológica desde la fe encuentra la raíz última en el pecado:

Nosotros hemos pecado contra el designio de Dios. La caída (Gn 3) ha hecho que la humanidad perdiera la paz y la justicia divinas y ha atentado contra toda la creación. La pérdida de la paz y de la justicia divinas han sido la causa de la pérdida de la paz y la justicia en las relaciones humanas, como lo muestra el relato de la muerte de Abel (Gn 4,1-8). La caída no sólo ha trastornado la comunidad humana sino que ha tenido también consecuencias negativas para la creación de Dios. Cuando labres la tierra no te dará frutos, dijo Dios a Caín (Gn 4,12) (Doc. Basilea 24).

Frente a esta realidad se habla de la necesidad de instaurar un nuevo orden internacional, que lógicamente supone un cambio de actitudes y de mentalidad, de corazón en toda la humanidad.

Es evidente que los planteamientos de las Iglesias separadas, sobre los problemas críticos de nuestro mundo y sobre sus causas, son muy cercanos cuando no coincidentes por los propuestos por el Vaticano II y, posteriormente, desarrollados por Pablo VI y por Juan Pablo II, igualmente como nuestras Iglesias latinoamericanas y de otros continentes, y que actualmente quedan asumidos por la nueva evangelización.

La civilización del amor y el Evangelio de la paz

Ante esta realidad todos sentimos una responsabilidad común y específica que se apoya en nuestra fe: "Debemos nuestra vida a Dios Creador, al Dios Trinitario -Padre, Hijo y Espíritu Santo- que, en su misericordia, se ha revelado a la humanidad en Jesucristo. Por encima de nuestras diferencias confesionales persistentes, compartimos toda esta fe" (Doc. Basilea 21). Y añade: "Apoyándonos en esta fe, proclamamos el Evangelio de la Paz. En el Nuevo Testamento, la Buena Nueva de la revelación de Dios a la humanidad y de la redención de Jesucristo es denominada al Evangelio de la paz (Ef 6,15)" (Doc. Basilea 28). Esta acción evangelizadora tiene como horizonte la plenitud del Reino de Dios:

La esperanza del reino último no nos exime de nuestras responsabilidades actuales. Al contrario, la esperanza cristiana es la fuerza más dinámica que nos infunde el coraje y el ardor para hacer que reine, en el seno de la humanidad, más paz, más justicia, más amor, y para hacer a todos los seres humanos más conscientes de su responsabilidad de administradores de la creación para bien de todos los hombres y mujeres, y para el futuro de una creación viva en una solidaridad universal. Dios nos llama a hacer del amor una realidad sirviendo de forma concreta a nuestros hermanos y hermanas (Lc 10,37), aun cuando sean nuestros enemigos (Mt 5,43-48). (Doc. Basilea 36).

El gran objetivo de la evangelización, propuesto en Basilea, es la apertura de toda la humanidad a los valores del Reino, síntesis a la que denominaba Pablo VI la civilización del amor, y que ha sido acogido por la nueva evangelización como su gran objetivo, en un lenguaje más secularizado pero no menos teológico.

La opción preferencial por los pobres y por las víctimas de nuestra sociedad

La nueva evangelización hace una decidida opción por los pobres y por las víctimas de nuestro actual desorden internacional y cultural. Es también una de las líneas sobresalientes del actual movimiento ecuménico en casi todos sus encuentros. Siguiendo el documento de Basilea, en él expresamente se dice que "nos comprometemos a compartir nuestros recursos y a elegir la opción preferencial en favor de los pobres, los oprimidos y los sin poder" (Doc. Basilea 70-77). Expresamente dice que

es a Dios a quien se dirige nuestra primera adhesión. Todas las demás lealtades (nacionalistas, culturales, sociales etc.), derivan de nuestra adhesión a Dios y a su alianza y están inspiradas por ella. Ahí radica el fundamento de nuestro compromiso en favor de la justicia, de la paz y de la salvaguarda de la creación (Doc. Basilea 77).

El paralelismo con los documentos de la Iglesia Católica en este punto es

positivamente sorprendente: el mismo Espíritu es el que impulsa a todas las Iglesias.

El nivel de sensibilidad ante las víctimas de la sociedad se hace especialmente perceptible, tanto en las otras Iglesias como en la Católica, al desencadenarse el proceso de la unificación europea. Se reconoce que “las Iglesias están llamadas a superar las divisiones que continúan superando los países de nuestro continente. (...) En virtud de su misión, las Iglesias están muy particularmente obligadas a contribuir a esta reconciliación” (Doc. Basilea 54-55). Pero inmediatamente se anota que la “distensión y la reconciliación en Europa no deben hacerse a costa de los países de Asia, de Africa y de América Central y Latina”, y siguen exponiendo todos los costos sociales y humanos que pueden originarse de una Europa unificada sólo preocupada por sus propios intereses y con una priorización de objetivos ajenos a las necesidades de los sectores más deprimidos (Doc. Basilea 57-67).

Un proceso de conversión de las Iglesias

Para hacer frente a estos desafíos de la evangelización, recordemos que la nueva evangelización propone como objetivo urgente un proceso interno de evangelización de las Iglesias con el propósito de que sus comunidades alcancen una maduración evangélica adaptada a los problemas y necesidades actuales.

En la misma línea la Asamblea de Basilea invita a un proceso de conversión, en el que

convertirse a Dios supone más que sola aceptación del perdón. Esto significa cambiar su corazón, sus actitudes, su mentalidad. Nuestra conversión a Dios exige que nos volvamos activamente hacia la justicia de Dios, que abracemos el shalom y que vivamos en armonía con toda la creación (Doc. Basilea 45).

Si buscamos y pretendemos una unificación fraterna y solidaria de Europa y de toda la humanidad, tenemos que comenzar las propias Iglesias ofreciendo el testimonio de nuestra comunión y unidad. Juan Pablo II decía: “Para contribuir a la unificación de Europa y para anunciarle de forma renovada el Evangelio de Jesucristo, los cristianos deben estar cada vez más unidos a fin de que el Reino de Dios venga”, haciendo una mención explícita al encuentro ecuménico celebrado en Erfurt (*Ecclesia* 2395 (1988) 1587). La Asamblea de Basilea sentenciosamente anotaba que

no hemos superado la división de las Iglesias y, frecuentemente hemos abusado de la autoridad y del poder que nos ha sido confiado para reforzar falsas solidaridades tales como el racismo, el sexismo y el nacionalismo. Hemos generado guerras y no hemos aprovechando todas las ocasiones para trabajar en favor de la reconciliación y la mediación (Doc. Basilea 43).

Para que sea posible se acentúa la necesidad de continuar el proceso ecuménico en Europa (Doc. Basilea 98).

Comunidades maduras exigen ser comunidades ecuménicas en todas las Iglesias, teniendo en cuenta la reflexión sobre el ecumenismo en cada una de ellas.

Dificultades ambientales comunes a las Iglesias históricas

Si fundamentalmente son coincidentes las grandes orientaciones y proyectos de casi todas nuestras Iglesias históricas, también son comunes las dificultades ambientales a las que se encuentran sometidas, y que pueden reducir sus proyectos a buenos deseos, carcomiendo su fuerza y su vigor.

Tres son los fenómenos más importantes a tener en cuenta: el secularismo ambiental, la presión de las sectas y un relativismo religioso que tiende a generalizarse como una mentalidad en muchos de los miembros de las diferentes Iglesias. Estas corrientes han desencadenado en las comunidades unos procesos de alejamiento e incluso de desvinculación de muchos de sus fieles, debilitando las posibilidades evangelizadoras de las Iglesias, incluso sumergido en una crisis el espíritu misionero, tan vigoroso en todas ellas en la primera mitad de nuestro siglo.

No es el momento de explicar las causas de estos hechos. La Iglesia Católica los ha denunciado en repetidas ocasiones, y todos los estamos padeciendo.

Naisbitt en su último libro, *Magatendencias 2000* (Ed. Norma, Bogotá, 1991), nos ofrece los siguientes datos del mundo norteamericano referentes al período transcurrido entre 1965 a 1988:

La Iglesia Metodista Unida bajó de 11 millones de miembros en 1965 a 9.2 millones. La Iglesia presbiteriana ha perdido en los Estados Unidos casi un millón de miembros; hoy tiene tres millones. Los Discípulos de Cristo han perdido casi un millón de adeptos; tiene 1.100.000 miembros. La Iglesia Episcopal bajó de 3.4 millones a 2.5 millones. Las tres sectas luteranas más numerosas perdieron más de 500.000 adeptos.

Refiriéndose a los católicos, durante el mismo período, acusa la pérdida de más de 6.000 sacerdotes, y una disminución de las religiosas de unas 70.000, anotando que sólo en 1987 fueron 5.577 las monjas que abandonaron la vida religiosa (pp. 258-259).

Nos encontramos ante la realidad que lógicamente preocupa a todas las Iglesias. De alguna manera ha de ser investigada y enfrentada en común. Exige una reevangelización de los alejados y una conversión profunda de las propias Iglesias. A esta actitud de los católicos le llamamos también nueva evangelización.

El Evangelio de la paz y la nueva evangelización

En el movimiento ecuménico, ante la nueva realidad de nuestro mundo, se ha ido elaborando un proyecto con el nombre de Evangelio de la paz, expresión misionera que fue acuñada ya hace muchos años por Hoeckendijk. El proyecto de la Iglesia Católica ha comenzado a denominarse nueva evangelización. Pero las coincidencias son notables: ambos, a partir de la fe en Cristo y de su mandato evangelizador, se proponen como objetivos la conversión de las Iglesias, el desarrollo del espíritu ecuménico, el promover la apertura de nuestro mundo moderno al don del Reino de Dios, para que toda la humanidad y nuestra cultura, asimilando el Evangelio del Amor nazcan a la civilización del amor.

No me he querido detener en destacar las diferencias entre los dos proyectos. También las hay, e incluso discrepancias.

Todos somos concientes de que el camino del ecumenismo es difícil. Pero, la constancia de seguir caminando juntos abre unas nuevas posibilidades y nuevos cauces para la evangelización de la paz y para la nueva evangelización. Más aún, originalmente impulsadas por el mismo Espíritu se complementan y potencian mutuamente al servicio de Cristo y de toda la humanidad, y abren un nuevo espacio de diálogo, de comprensión y de encuentro entre los hermanos que, durante tantos años, no sólo hemos vivido separados, sino también alejados e incluso enemistados.